



Rubán, y D. Alejandro

Hemos propuesto que a «Rubán», al gran «Rubán», al lealísimo «Rubán», puntal de las instituciones desvencijadas; que al gran caballo corredor que le ganó a su amo medio millón y pico de pesetas en la carreras de Lasarte; que a ese excelente servidor del régimen se le nombre presidente del Consejo de Ministros, ya que no es cosa de nombrarle cónsul. Y de esa propuesta para nada nos hemos acordado del jockey Lyne, que lo montaba. Pero hemos cambiado de opinión. Cambiar de parecer es cosa de sabios.

No; a «Rubán», al gran «Rubán», al ganador del medio millón y pico de pesetas, hay que enviarle a Marruecos. No de Alto Comisario, no, sino de caballo del Alto Comisario. Y de jockey Alto Comisario, ¿quién ha de ir? ¿Quién sino don Alejandro Lerroux, «nuestro buen amigo Chichimecatecle», de los Hascaltecas?

Sí, hay que nombrarle Alto Comisario de Marruecos al gran don Alejandro; pero Alto Comisario ecuestre y montado en «Rubán». Lerroux y «Rubán» se completan. Lerroux es el jinete para «Rubán»; «Rubán» es el corcel para Lerroux. «Rubán» será a Lerroux lo que Rocinante fué a Don Quijote. O mejor, lo que el rucio fué a Sancho. Porque no se debe profanar la sagrada memoria de Don Quijote. Ni la de Rocinante, que nunca supo ganar premios de carreras.

Se nos dirá que la corpulencia de don Alejandro no es la más a propósito para pesar sobre «Rubán». Pero la corpulencia no siempre significa peso, y con ciertos ejercicios se hace un jockey.

¡Oh, la entrada en Alhucemas, entre los benhuriaguéles, de don Alejandro montado en «Rubán»! Eso sí que es entrar por la puerta de la tragedia!

Dirá Chichimecatecle que él no representa comedias. No, no las representa, las presenta. No es al actor que hace la comedia; es el personaje mismo cómico.

«Rubán», el gran «Rubán» hizo ganar a los leales que apostaron por él 236 pesetas por cada cinco. Si a cada diputado se le aseguran obvenciones así no va a ser menester subirles las dietas. Que se dediquen directa o indirectamente al juego. Ese es el camino. Se toma, por ejemplo, en arriendo un balneario para montar en él una timba y no hace falta que las dietas sean mayores. Y en todo caso allí está el ministerio de la Gobernación para proveer. Que esto no es comedia.

El gran don Alejandro, tan grande como «Rubán», clamaba en la Laguna por que España no abandone la patriótica empresa de Marruecos, ese gran negocio del protectorado. Y se ofrecía una vez más como salvador de la patria. Hay, pues, que mandarle a Marruecos de Alto Comisario ecuestre, y montado en «Rubán». ¿Alto Comisario civil? ¡Civil, no! Don Alejandro está más allá de la civilidad y la incivilidad. Hay que enviarle a Marruecos montado en «Rubán». «Rubán» pide a don Alejandro; don Alejandro pide a «Rubán». «Rubán» y don Alejandro se completan. Se completan y se entienden.

Dice el Caudillo que él sabe vengarse de los que le injurien. ¿Injuriarle? El

Caudillo es injuriable. No es posible injuriar al Caudillo. Léase la definición que de la injuria da el Código penal, y se verá que no es posible injuriar al Caudillo, a «nuestro buen amigo Chichimecatecle».

Sólo corre un peligro montando en «Rubán» y es que éste, con sus carreras, le haga sudar tanto que se derrita. O mejor, que se desinfle. Que se vaya en sudor. En sudor y en lágrimas patéticas, en lágrimas oratorias. Corne el peligro de sudar toda clase de dietas.

Sí, sí; que monte en «Rubán» y vaya así, montado, a Marruecos; pero a la vista de todos, públicamente. Que salga montado en «Rubán» por la puerta grande de la cuadra del duque de Toledo, por la puerta cochera. Nada de rondín.

El negocio de Marruecos anda mal, muy mal. Hay que enderezarlo. Y el modo de enderezarlo es nombrar gran Protector de la morería a don Alejandro — ¡Alah es grande! — y que entre en Alhucemas montado en «Rubán», el ganador del medio millón de pesetas.

¡Basta de revolución! ¡Hay que construir! ¡Que no tiemble la mano! ¡Orden y hagan juego!

Miguel de UNAMUNO.

